

ISBN 978-950-33-1642-9

Edición de
GABRIELA MILONE
FRANCA MACCIONI
SILVANA SANTUCCI

Imaginar/hacer.

Ficciones teóricas para la
literatura y las artes
contemporáneas



Imaginar / hacer

Ficciones teóricas para la literatura y las artes contemporáneas

Edición de

Gabriela Milone
Franca Maccioni
Silvana Santucci

**Colecciones
del CIFYH**



Imaginar-Hacer: ficciones teóricas para la literatura y las artes contemporáneas / Gabriela Milone... [et al.]; editado por María Gabriela Milone; Franca Maccioni; Silvana Santucci. - 1a ed compendiada. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1642-9

1. Literatura. 2. Arte Contemporáneo. I. Milone, Gabriela. II. Milone, María Gabriela, ed. III. Maccioni, Franca, ed. IV. Santucci, Silvana, ed.

CDD 809.305

Publicado por

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición



Área de

Publicaciones

Diseño de portadas: Manuel Coll

Diagramación: María Bella

Imagen de portada: Julieta Cuervo

2021



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



#MEZCLA

Restos de una lengua en otra: fragmento, mezcla y extranjería en Vivir entre lenguas de Sylvia Molloy

Lic. Paula La Rocca*

Lic. Ana Neuburger†

El trabajo de la memoria y el recuerdo parecieran estar tomados por la lengua. ¿Pero qué sucede cuando la infancia se encuentra atravesada por distintos idiomas? No una, sino múltiples lenguas traman la vida fragmentada de *Vivir entre lenguas*. Allí se despliegan escenas de una vida desde la inquietud que sacude a aquellos que se encuentran tocados por más de una lengua: ¿en qué lengua soy? Partir de bilingüismo como forma de reconstruir una historia supone una lengua de apoyo, una lengua donde asentarse y desde la cual se forjan las demás. El bilingüismo también supone un aprendizaje y a la vez un cruce, una mezcla, un movimiento.

Hay una lengua de la casa y una manera de sentirse en casa cuando se habla la propia lengua. Sucede igual que con esos nombres que devuelven a una época o las frases que traen desde el fondo de la memoria un afecto pasado; que acercan, fragilísimos, los recuerdos. Hablar una lengua es poner en palabras la vida singular, significar esas palabras con el contenido propio. Alardear, por ejemplo, de los yeites que nuestros padres ya no conocen pero que nuestros amigos celebran. Un “comadreo lingüístico” que retiene cierta ilusión de juventud. Pero qué sucede cuando el sitio de apoyo no encuentra precisión, cuando las lenguas trazan un vaivén desjerarquizado, cuando la mezcla señala el contacto pero también la contaminación. Las lenguas del sujeto bilingüe conviven en la mezcla, en la falta y en el olvido. Una sensación de extranjería las habita y a la vez una especie de abandono de lo familiar.

El recuerdo comienza a tomar forma en la familia. Y el desvío lingüístico se asienta aún más cuando la herencia inmigrante se hace presente

* Instituto de Humanidades, CONICET.
ana.neuburger@gmail.com

† Instituto de Humanidades, CONICET.
paularock24@gmail.com

desde los primeros años: cuando confluyen, por ejemplo, el francés, el inglés y el español. Sin embargo, hay algo en el habla que pareciera prescindir de esa división lingüística. Una mujer recuerda cuando era una niña de cuatro años haber visitado a su abuela inglesa antes de su muerte y en ese encuentro una pregunta se vuelve desconcertante: ¿en qué lengua le habló? Cada lengua entrelazada en el relato de Sylvia Molloy disputa espacios, en el ejercicio que supone desandar la correspondencia directa entre lengua, territorio e identidad. Este vínculo se vuelve frágil al momento de constatar la multiplicidad de lenguas que transitan por el libro: la lengua que primero hablamos, la que elegimos, la que aprendimos, la lengua que perdimos y la que se olvida. La extranjería, entonces, señala el resto de una lengua en otra. Si la escuela se asienta en la división de tiempos y espacios lingüísticos, por la mañana inglés por la tarde español, la transgresión se funda en cruzar esos territorios. Fuera de la escucha de los padres, la niña se entrega a la mezcla.

Dice Sylvia Molloy que el aprendizaje de la lengua exige cierta atención particular. Porque cuando nos detenemos, como cuando niños, en su aprendizaje, la lengua se vuelve única y se aleja del idioma. Si aprendemos a hablar por imitación y si esa imitación es constitutiva entonces cada quién decide cómo contaminarse, elige sus propios acentos y sus trucos. Por ejemplo, para escribir *bien*, dice Molloy, podemos simular, calcar o copiar. Simular como lo hacía Calbert Casey al escribir como cubano viviendo en Cuba, como norteamericano viviendo en Europa. Calcar, como el esclavo Francisco Manzano calcaba la letra del amo español. Copiar como ella misma copia el estilo de su director de tesis cuando escribió su primer libro. Porque la lengua no descansa, aunque permite que se descansen en ella.

Otras escenas están marcadas por el exilio, por la lengua privada de los inmigrantes, o por el vacío en la traducción: la sensación de estar “en tierra de nadie” ante un momento de desconcierto lingüístico en el paso de una lengua a otra. En el montaje de estas escenas, Molloy acentúa el gesto de la mezcla y de la incertidumbre ante la lengua en la que siempre se exige división, clasificación y ordenamiento. Si “para el monolingüe no hay sino una lengua desde donde se piensa un solo mundo”, en la mezcla y el contacto de lenguas se afirma que “sólo podemos hablar porque nuestro idioma no está solo”. Palabras de distintos idiomas con sonidos de diferentes lenguajes, imágenes de varios mundos y una lengua *espectral*

que supone multiplicidad de formas posibles para decir pequeñas cosas. Decir nos pone en estado de elección y también nos expone, porque cada palabra con su acento socava la pureza de la estabilidad. En la lengua hay pequeños agujeros. Huecos por los cuales se filtran expresiones imitadas, frases tomadas en préstamos, inventos. Fantasmas de la lengua que se hacen presentes en el acto de decir. Pero ¿puede la lengua escribir un recuerdo? Infancia y lengua toman la forma de imágenes en la articulación del recuerdo. Pero ¿qué pasa con la lengua cuando la vejez se hace presente en la pérdida de memoria? La lengua se altera, se obstina en repetir palabras involuntarias. Lengua e inconsciente se asocian en la ecolalia de la vejez. Quien vive entre lenguas se pregunta cuál será la lengua en la que morirá: “¿Seré trilingüe o en los desechos que emita primará una lengua sobre las otras? Por otra parte me alivia el hecho de que, por una vez, no tendré que elegir”.

La lengua llamada materna ¿es la lengua de la madre, de la ciudad, de la patria? ¿puede negarse? cuando se abandona una lengua algo de ella queda filtrándose, permea todo lo que será dicho. La lengua propia es una mezcla, un *entre lenguas* cuyo placer es armar frases con palabras extranjeras o acercar, como rarezas, modismos de otras lenguas para ayudarnos a pensar diferente, como islotes de otra lengua que flotan en la conversación. “The switching its effortless”, dice Molloy, la que viaja de una lengua a la otra como viaja entre sus épocas, sus afectos, sus hogares. De allí, el resto que queda es el del presente que se escribe, el que intenta retener en la lengua los cuadros de una vida.

Bibliografía

Molloy, S. (2016). *Vivir entre lenguas*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.